

A través del espejo Diccionarios

Hugo Hiriart

Diccionarios, enciclopedias, almanaques, atlas, tablas cronológicas y otras instituciones semejantes no son meros engendros de la duda y la vacilación; son como las ferias, lugares abiertos al disfrute donde podemos discurrir libremente. El cementerio de datos cobra vida cuando es visitado por el ocioso lleno de curiosidad. Las palabras dispuestas en orden alfabético producen calambres de placer: Wittgenstein sostiene que puede escribirse un buen libro de filosofía en el que las cuestiones estén ordenadas alfabéticamente, y Aristóteles en sus *Metafísicos* incluyó una especie de diccionario de términos filosóficos, y qué decir de los lexicones en que señalan todos los lugares en los que Kant, santo Tomás o Hegel usaron sus términos primordiales. He tenido en las manos un lexicón de Góngora; era un libro enorme con la explicación de cómo usa el poeta todas y cada una de las palabras que usa, además de uno o más versos ilustrando la explicación; lo abrí al azar y hallé la palabra “fulminado” y la definición “herido por el rayo”. Desgraciadamente no recuerdo los versos que autorizaban la definición.

El modo de proponer los asuntos en este género literario no carga con el peso de una edificación apretadamente orgánica en la que unas razones de plano dependen de otras y todo se somete a una trabazón autoritaria. En la disposición del diccionario se disfruta de tanta libertad que un volumen de más de 3,000 páginas podemos abrirlo en cualquier parte, comernos uno o varios frutos enteros de los ahí crecidos, y volverlo a cerrar sin sentimientos de culpa. Pobre de quien solo consulta los lexicones y no se atreve a divagar por sus páginas con ánimo de explorador y sibarita. ¿Qué habrá en el seguro deleite de quien

pasa sin prisa ni propósito las páginas de un diccionario? Una paciencia, una falta de ruindad, un sosiego; algo, una actitud compleja que nos hace decir: desconfía del que no ama los diccionarios.

Muchas son las joyas: el *Diccionario de autoridades*, portentoso, el *General etimológico* (en 5 tomos) y el breve de *Sinónimos castellanos* de don Roque Barcia, los de Joan Corominas, insuperables, el Covarrubias...

A estos grandes monstruos se suman muchos libritos interesantes. El vocabulario de palabras básicas (*Keyboards*) de Raymond Williams (1976) ha adquirido cierta celebridad. En el libro de Williams se rastrea el origen y los usos de unas cien dicciones que forman parte fundamental de nuestra infraestructura cultural. Comportamiento, burgués, existencial, popular, dramático, liberal, mecánico, nacionalista, desempleo, estructural, violencia, originalidad figuran entre las voces estudiadas. El vocabulario de Williams es una obra más profunda y liberadora de lo que parece a primera vista.

Menos conocido, y desde luego, mucho menos importante, es el diccionario de errores de opinión de Tom Burman (*The Dictionary of Misinformation*) donde se detectan con celo fanático el montón de cosas que sostenemos, que afirmamos sin mayor prueba que el haberlo oído de alguien alguna vez. Por ejemplo: que la *Heroica* de Beethoven fue dedicada a Bonaparte y que cuando este se coronó emperador la dedicatoria le fue arrancada, es falso: la página se conserva, con algunas tachaduras, y Beethoven siempre dijo que la sinfonía se llamaba así por Bonaparte. Es también falso que Everest es la montaña más alta de la tierra (si medimos la altura desde el julioverneano centro de la tierra, y no desde el



nivel del mar, la más alta es Chimborazo). Es falso que el calor es insoportable en la Isla del Diablo, la verdad es que su clima es maravilloso.

Burman acumula noticias que habremos de calificar de peregrinas e inútiles, pero no de inofensivas. El trabajo de Burman tiene su ponzoña: poner al descubierto nuestra irrefrenable tendencia hacia la impostura y la tontería. Me gusta más en este diccionario su intento de composición de una tópica (semejante a la que estudió Curtius en *Literatura europea y Edad Media latina*) de las conversaciones, de enlistar aquello en lo que incurrimos alegres o fastidiados cuando practicamos el arte ciudadano de compartir espacios de información; eso que Flaubert fascinado propuso a medias en su lexicón de lugares comunes. Nervo (volveré a citar de memoria rondando culpablemente por la pendiente de la contumacia) llamó “divino” al lugar común; sin llegar tan lejos, o tan alto, podemos admitir su peso y fecundidad para internarnos en alguna micropsicología de masas de esas que estudió con maestría Wilhelm Reich.

Los dos libros de que hemos hablado están en inglés. Los trabajos de esta índole son raros en castellano. Hay una especie de desprecio por nuestra lengua y de anacrónica torpeza en su estudio. Es notable el terror gramatical que se experimenta en México cuando es preciso hablar; no sabemos, de todo dudamos, la confianza nos abandona, postulamos una idea de *corrección* (idea rara, confusa y falsa) que luego no podemos alcanzar. **U**